



Rubén Darío

Salomón de la Selva

# Tu no sabes, Rubén, este rasgo de tu vida

## Anselmo Fletes Bolaños

Allá por 1872 se reunían diariamente en una de las Cuatro Esquinas de la Metrópoli, en casa de doña Bernarda Sarmiento Darío, viuda del Coronel Félix Ramírez Madregil, llamado popularmente el Bocón Madregil, los señores don Cleto Mayorga, don Vicente Guzmán, don Aparicio Valladares, don José Rosa Rizo, director del Colegio de San Fernando, vivo aún y otros, liberales los más, aunque esta clase de gente no abundaba entonces como abunda ahora, o por lo menos los que eran no lo proclamaban al modo del día, con bombo, platillos y sonajas.

Innecesario es decir que la política y el Gobierno eran los principales asuntos que se trataban en la cotidiana reunión de la casa de doña Bernarda, quien tomaba parte en ellos como buena liberala y digna viuda de un célebre militar, compañero de Jerez, e innecesario también advertir que allí se hablaban pestes contra la administración de don Vicente Cuadra. El cargo más formal (son palabras del doctor José Rosa Rizo) que se lanzaba contra don Vicente, era su rigurosa economía como sistema de gobierno. Pero y Rubén Darío? -me preguntarán. Pues Rubén Darío está ahora en nuestros brazos, y yo voy a referir uno de los rasgos de su

preciosa vida, rasgo que raras personas conocerán. Tú también, sublime poeta, ignoras esto que te pertenece.

A Rubén, de cinco años de edad entonces, allá por 1872, lo criaba su tía abuela doña Bernarda Sarmiento Darío, la viuda del Bocón Madregil. Una vez le dijo ésta a don José Rosa Rizo:

-Que hago con Rubén, don Rosa! me lo está echando a perder Felipe.

La señora aludía al hoy honorable magistrado, doctor Felipe Ibarra, que le daba lecciones de primeras letras a Rubén.

-Y con que está Felipe echándole a perder al muchacho-? preguntó don Rosa.

- Pues enseñándole a hacer versos- contestó doña Bernarda- va a arruinármele. Qué me aconseja Ud.?

- Pero Rubén no hará más que copiar los versos de Felipe, doña Bernarda, y no veo en esto ninguna ruina.

Qué sabe Ud. don Rosa! Si Rubén los hace sacados de su cabeza.

- Rubén, señora?...

- Y quién otro, pues?

- Es que Felipe...

- Rubén, don Rosa, yo lo he visto escribirlos. Vean para que he querido que mi muchacho aprenda con Felipe alguna cosa! Me lo arruinó, don Rosa, enseñándole a hacer versos!

Rubén dormía en el suelo de la sala, cuando este diálogo, a los pies de doña Bernarda, que estaba sentada, con su portentosa cabeza sobre el ruedo de su tía abuela. Esto era común en Rubén.

-Doña Bernarda- dijo el doctor Rizo, picada de su curiosidad -tiene Ud. algunos versos escritos por Rubén?

-Sí, don Rosa- contestó la viuda- los que escribió ayer.

Y doña Bernarda se levantó de su asiento con cuidado para no despertar a Rubén. Se dirigió a la gaveta de una mesa y sacó un papel.

Aquí están los versos, don Rosa -dijo entregando el papel al director del Colegio de San Fernando.

Este, admirado, abriendo tamaños ojos al leer:

-Doña Bernarda! Así no hace versos Felipe!

-Pero si le digo que Rubén los saca de su cabeza. Que no se fija en la letra, don Rosa? Felipe es quien tiene la culpa. Se arruinó el muchacho!

El pedagogo cada vez más sorprendido:

-Que van a ser de

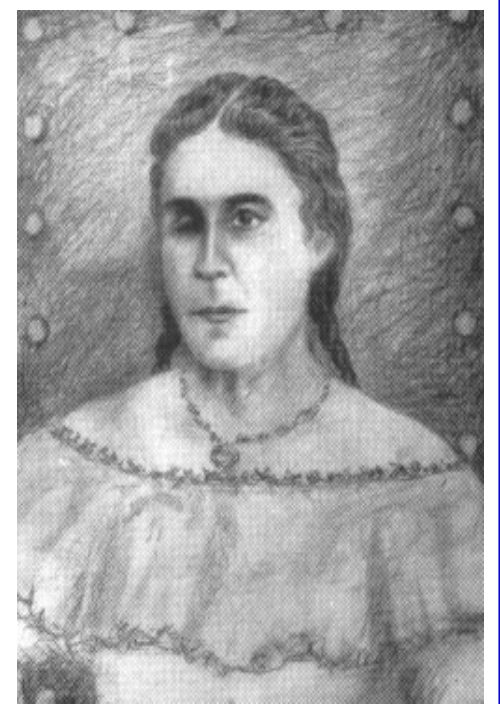
Felipe estos versos! La letra es toda arañosa, e ilusión con h y con c, estreyas, y co-racón. Pero que ideas de mu-chacho!

-Qué dice don Rosa? qué me aconseja? Sigo mandándole el muchacho a Felipe?

-Pues le aconsejo a Ud. que no se alarme: que Rubén siga con sus versos porque presiento que será un gran poeta: y que Felipe no le está enseñando a hacerlos, porque esto no se enseña, señora.

Algunos años más tarde, cuando a Rubén se le llamaba el poeta-niño, don José Leonard les decía a sus alumnos de literatura en el Colegio de Granada, que Rubén iba a ser el mejor poeta de Nicaragua. Te quedaste corto querido maestro.

Tu no sabes ese rasgo de tu vida, Rubén. Yo te saludo contándotelo.



Doña Bernarda Sarmiento Darío